

INTRODUCCIÓN

CON excesiva frecuencia los libros de texto y manuales con que estudiantes y curiosos se han acercado a la Antropología, particularmente los que han analizado la historia de la disciplina, incluyen un epígrafe o capítulo referido a los «precedentes» de la misma. Es costumbre que gran parte de estos capítulos, que resumen dos mil años de pensamiento en unas líneas, se dediquen a ponderar el valor que para la Antropología contemporánea tienen los datos que en su día aportaron cronistas, viajeros, militares, misioneros, etc. Sin embargo, con la misma velocidad con que se valoran tales contribuciones, en no pocas ocasiones, se pasa a criticar, a veces de forma ahistórica y descontextualizada, sus múltiples deficiencias: etnocentrismo, asunción de prejuicios de género, justificación colonial, reiteración de estereotipos, etc. Así pues, ubicados en desigual balanza méritos y deméritos, no extraña que dichos lectores retengan algún nombre «representativo», en tanto las contribuciones de la mayoría se difuminen. Y si, en el caso de los estudiantes, no pasan al olvido es porque en cada una de las parcelas en que, por necesidades académicas, se fragmenta la disciplina —antropología económica, parentesco, religión, etc.— vuelven a aparecer mencionados como los primeros que trataron tal o cual tema o como autores que sugirieron ciertos datos que han pasado desapercibidos y con los que, de cuando en vez, uno se ha de enfrentar. Pero, «¿podemos considerar a estos autores, y a otros semejantes a ellos, exclusivamente como fuentes documentales?»,¹ se preguntaba Ángel Palerm, uno de los antropólogos que, con un volumen de su *Historia de la*

Etnología dedicado a los «precursores», no se resignó a condenarlos al ostracismo. Máxime, decía el hispano-mexicano, cuando «al examinar la obra de Sahagún se descubre que el rigor de las técnicas que empleó para recolectar información etnográfica no tiene mucho que envidiar al de las reglas que Boas imponía, con furor teutónico, a sus discípulos. Es igualmente claro que Acosta utilizó un método comparativo cultural; que Molina era capaz de construir una gramática nahua sobre el modelo de la latina y de la castellana de Nebrija, y que los funcionarios de Felipe II sabían preparar cuestionarios etnográficos adecuados a sus necesidades de gobierno». O sea, si, como indica el mismo autor, «salvando, desde luego, los aspectos obvios del adiestramiento formal, de las técnicas mejor desarrolladas, del manejo de algunos sistemas teóricos, etc., las "historias" (las averiguaciones) de Sahagún, Acosta y Herodoto, son comparables a las monografías modernas producidas por las investigaciones de Malinowski y Radcliffe-Brown, mal que les pese a estos enemigos del enfoque histórico» (ibíd.), por qué no reconocer que, como el mismo autor señala más adelante, «los misioneros y funcionarios civiles "hacían" antropología aplicada en América, y algunos desarrollaron una antropología "crítica" de la naturaleza bastante más radical que la de nuestros timoratos contemporáneos» (ibíd.).

Imbuidos de este espíritu crítico, algunas de las «crónicas de Indias» pueden y deben ser vistas con otros ojos. Tal es el caso de la narración de la peripecia vital que a mediados del siglo XVI experimentaron unos dominicos que viajaron desde la entonces cosmopolita y universitaria, a la par que conventual, Salamanca hasta Ciudad Real, en el altiplano chiapaneco, en las proximidades de lo que en la metrópoli se llamaba la «Audiencia de los confines», con la

¹ Ángel Palerm. 1974. *Historia de la etnología*. Vol. I. «Los precursores». México: CIS-INAH. Pp. 10-11.

intención de llevar a cabo un proceso utópico de evangelización pacífica que mudara la «tierra de guerra» en «tierra de verdadera paz». Con esta edición no se trata de asignarle de manera inmediata la consideración de monografía etnográfica, pues se encuentra alejado de ella. Ni tampoco de rememorar nostálgicamente una crónica que, al modo de romántico, puede contribuir a la exaltación de ciertas ideas, principios o naciones. Ni, por supuesto, deslizar sobre sus líneas una mirada lacerada a una crónica ilustrada en que hallar suficientes elementos críticos para asentar determinadas posiciones teóricas. Más bien, de lo que se trata es de descubrir en un libro de viajes, en una autobiografía coral que produce el deleite de hacer sentir al lector partícipe de los acontecimientos que el narrador cuenta, una deliberada utilización de la historia narrada para producir conocimiento.

Esto es, las páginas siguientes no son un conjunto de dispersas anotaciones tomadas al vuelo, sino la narración de un viaje elaborada por alguien que piensa básicamente en la posición de quien la va a escuchar. Porque el autor, fray Tomás de la Torre, sabe muy bien que no escribe ni para él, ni para aquellos que con él fueron, sino para quienes quedaron, para quienes no viajaron; para aquellos a los que debe explicar cómo es un lugar que solamente a través de la imaginación pueden llegar a ver. Y el fraile sabe muy bien que serán sus palabras el adecuado vehículo para excitarla. Por eso, cuando cuenta, da la impresión que se está figurando a los frailes sentados en la comodidad del refectorio, oyendo a un lector que trae las nuevas de los que atravesaron medio mundo para llevar adelante su proyecto. De ahí, las continuas apelaciones a quien escuche, «sucedió lo que después oiréis», más que a quien lea; como si al narrar pudiera sentir en la lejanía los murmullos suscitados ante los peligros que padecieron o ante las costumbres de los naturales del lugar. Por tal motivo, la voz, cuyas modulaciones se presienten entre las líneas, es sistemática en sus descripciones, como hechas por alguien formado en la disciplina tomista, porque, más allá de la argucia retórica, sabe, como dice en el texto, que no es para quienes pasaron a América, que ya conocen cómo es y ninguna novedad les aporta, sino para quienes pueden llegar a tomar decisiones que afecten a los que allí moran, sin tener conocimiento de cómo es verdaderamente la vida que allí se vive.

Como Bernal Díaz del Castillo, fray Tomás de la Torre, pretende escribir una «verdadera historia», lo que le obliga a mantener permanentemente un cierto espíritu crítico que otorga más valor a sus reflexiones. Ciertamente no se «culpará» de nada, pues la Orden dominicana es la protagonista de la historia y el fin último de la misma incluye su exaltación.

Pero no es menos cierto que reconocerá errores, como cuando insiste en que el viaje debe estar totalmente planificado con antelación y, en particular, en lo que tiene que ver con la organización. Por eso, advierte a ulteriores misiones que los asuntos relacionados con el mando y el poder vengan suficientemente atados desde el origen, pues, en lo tocante a organización, reitera que no hay quien enderece desde el destino lo que se hizo mal en la partida. Aunque esto sea cuestionar sutilmente la estructura orgánica de una Orden que, por no conocer suficientemente la geografía del lugar al que envía a sus miembros, entrega excesivo poder a un vicario, en quien se confía y al que se debe obediencia. Mas, si este en Castilla solo tiene que sortear intrigas, puede verse allende los mares en la tesitura de tomar una decisión sobre algo que acontece, en las inmensidades del continente americano, a varios miles de kilómetros del lugar en que se halla y al que su palabra, o su presencia, puede tardar en llegar más de un mes.

Este pensamiento crítico se trasladará a todos los órdenes del saber siguiendo el modelo del «realismo etnográfico» que se inicia con la descripción del llamado «medio físico o geográfico» (montes, ríos, clima, etc.) para continuar con el «medio natural» (plantas y animales). En este, como se ve cuando llegan a Puerto Rico, se describen frutas desconocidas, como el plátano o la piña, o cuando en Yucatán se habla de los manglares o las iguanas, y se detalla pormenorizadamente todo lo que encuentra para evitar acudir continuamente a la comparación con algo que tenga alguna semejanza en su tierra de origen. Por último, llega a la representación del «medio cultural» en el que se retratan las costumbres de los grupos indígenas a través de magníficas descripciones etnográficas de las comidas de los naturales, así como el modo de prepararlas, de sus vestidos, de la forma de trabajar la tierra o, incluso, dentro de las actividades productivas, de las diferencias sexuales. Es más, poniendo de manifiesto la ardua labor de la molienda del maíz y la preparación de las tortillas, mediante una viva imagen que todavía puede verse en muchas casas indígenas chiapanecas, lamenta que «este es continuo oficio y trabajo de las mujeres de las Indias». Por cierto, no está demás, recordar que las extraordinarias descripciones etnográficas que cuenta el fraile de los grupos mayas de Yucatán son anteriores a las que realizara Diego de Landa en su conocida *Relación de las cosas de Yucatán*, de 1566, que se tiene habitualmente por la primera etnografía del área. Y ello, tanto en lo que tiene que ver no solo con la utilización de animales y plantas, sino con cuestiones más complejas como las viviendas, el tratamiento del maíz o, como más adelante, dirán, la relevancia del cacao en la economía indígena.

Pero en la narración de este viaje está también presente algo que suele estar ausente en muchas «crónicas de Indias» cuál es el modo de comportarse de los conquistadores. O si se prefiere, la habitual crítica contra las «crónicas», da igual de qué siglo, es que olvidan las estructuras coloniales de poder y sus efectos sobre la población «nativa»; pues bien, en esta obra se incluyen pormenorizados retratos de las mismas. Así, aunque muchas personas conozcan las ideas de fray Bartolomé de las Casas, lo que, acerca del obispo, pueden hallar de nuevo en este libro de viajes es el ambiente, minuciosamente relatado, con que este se encontró al llegar a su silla episcopal: las relaciones entre los poderosos, los vínculos familiares, las resistencias al cambio, etc. O dicho de otro modo, aquí vienen referidos los temores, incluso a ser asesinado en cualquier momento, que en lejanas tierras pasaron quienes vivían holgada, aunque austeramente, en conventos castellanos; aquí viene cómo se cerraban las puertas, incluso de los más modestos edificios, a quienes en Castilla se les abrían las de los palacios; o cómo se le negaba la palabra y el alimento a quien antes de partir, hablaba de tú a tú con el emperador.

Pero también viene el inmenso poder de la Iglesia en una sociedad que estaba en transformación, que apenas salía de la Edad Media y todavía no encontraba su rumbo. No el poder de un obispo, ni el del prior o el de este o aquel fraile o clérigo, que con ser mucho, afectaba a lo terrenal y eso poco miedo daba a los poderosos conquistadores. Porque quien había luchado en batallas, había matado y estado a punto de morir; quien tenía centenares de indígenas a su servicio y esclavos para vivir en Indias mejor que el rey en Castilla, carecía de control sobre algo que sobremedida le importaba: morir en gracia de Dios. Y esto los frailes lo sabían. Y se suceden las páginas en el libro llenas de controversias entre «cristianos» que quieren confesarse y frailes que les niegan la absolución. Era ésa la fuente de su poder y lo que les aseguraba la vida. No tanto, aunque también, la continua amenaza con «descomulgar», a la que Bartolomé de las Casas parece era particularmente afecto, sino la negativa a confesar a alguien de quien era pública y notoria su vida en pecado.

Ahora bien, estas disputas ponen de manifiesto concepciones muy diferentes tanto de la justicia como de la moral o la propia religión. ¿Es suficiente con cumplir con los preceptos formales establecidos en cualquiera de los tres ámbitos? Para los frailes que viajaron con Bartolomé de las Casas rotundamente no. Para ellos es precisa una redefinición de las esferas de la justicia, la moralidad y la religión porque la inmoralidad, aunque cuente con el beneplácito de la ley, debe ser condenable a los ojos del creyente. Esto es, a los

frailes no les valen las argucias ni triquiñuelas legaliformes, como la voluntariedad de cumplir con los preceptos de una ley, las Leyes Nuevas, porque están recurridas y, por tanto, no son plenamente vigentes. Para ellos, si la ley era un reflejo de la moral y esta una extensión de una supuesta ley natural, era de obligado cumplimiento, mandárelo quien lo mandare. El «ácatese, pero no se cumpla», utilizado como amparo legal mientras se buscaba la forma de cumplir el mandato, sin cuestionarlo para evitar discutir la autoridad de quien lo promulgaba, era, para los protagonistas del viaje, una inmoralidad y, por tanto, quien de él hiciera alarde no debía ser confesado. Y, si alguna vez lo había sido, la absolución recibida debería quedar en suspenso. En un mundo en transición que está mudando principios que fueron válidos durante siglos, todavía no había llegado el Concilio de Trento, los dominicos que protagonizan este viaje van a optar por una justicia, igualmente transicional, asentada en los principios propuestos por Francisco de Vitoria (quien los despidió en la puerta del convento recordándoles «a qué iban donde iban»), y el resto de los teólogos de la Escuela de Salamanca. Justamente por ello, la narración de la expedición que dirigía fray Tomás Casillas es una crónica de viajes y es, también, una crónica de Indias. Pero es, sobre todo, una crónica del difícil parto de un nuevo mundo, de una nueva época. Justamente por dicho motivo, el libro que tenemos entre manos es difícilmente clasificable. Como, salvando las distancias, ocurre con *Tristes trópicos*, la obra de Lévi-Strauss de la que dice Geertz que superpone varios juegos de escritura, varios planos porque «es, a la vez, un libro de viajes, de aventuras, una Etnografía, un relato autobiográfico, un libro de filosofía, [...]».²

Ciertamente su autor no es Bernal Díaz del Castillo ni Bernardino de Sahagún, Acosta, Landa, Zorita o Fernández de Oviedo, por nombrar algunos de los «clásicos». Tenía razón Michel Foucault cuando aseveraba que el nombre del autor no está al margen del texto, sino que es texto mismo porque, más que informar sobre quien ha escrito, permite situarlo, antes de leerlo, en un contexto que lo liga a otros con los que se supone que tiene algún tipo de semejanza o vinculación. Es decir, como hemos escrito en otro lugar, en la medida en que el nombre del autor caracteriza la totalidad del texto insertándolo dentro de una «tradición», no es solo un rótulo en la portada de una obra, sino una representación que se despliega por el interior del texto afectando totalmente su contenido.³ Ahora bien, ¿depende

² Clifford Geertz. 1997. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.

³ Pedro Tomé. 2002. «Peritexto sobre intracontextos de recepción de Guerra de los Chichimecas», en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 89: 235-264.

el valor del escrito de la condición de su autor? La historia de la Ciencia nos muestra cómo algunas ideas o teorías se han aceptado o rechazado, antes de ser debatidas o simplemente leídas, a causa de un perverso uso del criterio de autoridad. En ese sentido, no dudamos de que si el texto que a continuación sigue hubiera aparecido bajo la rúbrica, por citar algún nombre, de Motolinía o de Bartolomé de las Casas, uno de sus protagonistas, sería un *best seller* de la literatura de viajes. Y, sin embargo, aunque su autor sea mucho menos conocido, no por ello es menor el valor de la obra. Como libro de viajes y como fuente para la Etnografía.

Pero, más allá de la discusión acerca de si la «autoridad etnográfica» procede del «yo estuve allí», que tanto se ha discutido al hilo de la irrupción de la postmodernidad en la Antropología de fines del pasado siglo, hay un elemento en la autoría de este libro de viajes que le proporciona un valor adicional: superando la ficción retórica, es un relato coral. Ciertamente solo una persona escribió el texto, fray Tomás de la Torre. Pero no lo hizo como autor, sino como portavoz de un colectivo. Por eso aparecen sucesos en los que él no está presente, aunque sí alguno de sus compañeros de viaje, contados en primera persona. Porque han sido narrados a quien hace de intermediario. O, por la misma razón, aparece él en tercera persona como cuando dice que fray Tomás de la Torre es enviado a tal o cual lugar y dijo o desdijo esto o lo otro. Esto es, una es la pluma, muchas son las voces que la alientan. Porque, en última instancia, no es una bitácora que se cierra cada noche. Como acertadamente ha hecho notar Franz Blom,⁴ la reiteración del término «ahora» a lo largo del texto pone de manifiesto que, aunque se tomaran notas diarias del viaje, en realidad fue escrito tiempo después de que el viaje concluyera. Es más, en no pocas ocasiones, la referencia temporal aparece unida a una lamentación por lo hecho o dejado de hacer a consecuencia de la ignorancia. Tal es el caso, por ejemplo, de lo que ocurre cuando describe la existencia de casas de jóvenes solteros, tan estudiadas en monografías sobre culturas asiáticas o de Oceanía y mucho menos en las referidas a los grupos originarios americanos. Si el antropólogo ve en esta práctica una forma específica de organizar el espacio, ligada a formas concretas de relaciones sociales (¿cómo no recordar las descripciones que hizo Lévi-Strauss de las aldeas *bororo* que tenían «en el centro la casa de los hombres, morada de los solteros»!), el dominico lamenta no haberse percatado que tal distinción de sexo y edad, que inicialmente solo le

planteó una original curiosidad, podía convertirse en fuente de pecado. Por eso se lamenta contando que «otra costumbre, bien es que aunque entonces no la tuvimos por mala ahora la abominamos, y es que todos los mozos por casar duermen juntos en una casa». A veces, sin embargo, ese lamento por haber tenido que cambiar de opinión entre «antes» y «ahora», que incluye un explícito reconocimiento del desconocimiento que tenían no solo de los indígenas sino también de qué podían admitir y qué debían rechazar, incluye una explícita diferenciación entre «barbarie» y civilización, siendo esta, precisamente, el resultado de su acción. Así, cuando los frailes llegan a Teapa y Tecomoxiaca, son recibidos por toda la población con gran alegría y, tras la procesión, los llevan hasta la iglesia bellamente adornada con plumas de quetzal, lo más valioso que tenían. También el aposento para el obispo estaba profusamente adornado. Tanto que el conjunto, dice fray Tomás de la Torre, «nos parecía cosa de ensueño y encantamiento». Pero, identificando evangelización y civilización con una suerte de primigenio indigenismo misional, al que algunos añaden el apelativo de lascasiano, añade: «aunque ahora que los indios han despertado y conocido lo que tienen en nosotros, vemos que es todo basura lo que entonces hacían, para lo que hacen ahora cada vez que nos ven, porque entonces eran bestias muy brutales en efigie humana, y ahora son hombres de mucha capacidad y cristianos y algo de lo que ahora sentimos».

De sábado a sábado

La narración se inicia una mañana del sábado doce de enero de 1544. La, suponemos, gélida mañana salmantina arranca con angustias, con sollozos, que a lo largo del día van concentrándose hasta que, tras la comida, los viajeros comienzan a despedirse, «con tantas lágrimas y sollozos que no se pueden explicar». Parten y, de cuando en vez, echan la vista atrás. Otro sábado, un trece de noviembre de 1546 (es decir, dos años, diez meses y un día después), entraron definitivamente en Ciudad Real de Chiapa con tañido de campanas, cantos y, en definitiva, «con mucho regocijo y alegría de toda la ciudad». Entre la amarga partida y el final feliz mediaron 1036 días de alegrías y sinsabores, de desesperación, de esperanzas y temores, de descubrimientos y desconos. Días de largas y duras caminatas por tierra, o de inacabable mareo acostados en las tablas de los barcos que cruzaban el océano. Pero que alguien, un grupo tan numeroso como el que protagoniza el viaje del que estamos hablando, se disponga a sufrir voluntariamente

⁴ Fray Tomás de la Torre. 1982. *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas. Diario del viaje. 1544-1545*. Prólogo y notas por Franz Blom. 1944-1945. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Edo. de Chiapas. Nota 54. P. 209.

el calor insoportable, las lluvias torrenciales, las enfermedades o quién sabe cuántas aflicciones, legítima preguntarse quiénes eran, por qué viajaban, dónde querían llegar. Por qué, en definitiva, se embarcaron, literalmente, en tantos peligros.

Diecinueve años después de la llegada de Cortés a México, las cosas han cambiado mucho. Tras los militares llegaron los misioneros. Y con ellos, colonos y buscavidas dispuestos a enriquecerse o, cuando menos, vivir bien. Los franciscanos primero, los agustinos y dominicos después, también los de la Merced, vieron en las nuevas tierras lugar de necesaria evangelización. Pero esta no podía hacerse de cualquier manera. Por eso, pronto comenzaron a organizarse. En el caso concreto que nos ocupa, los dominicos, presentes en tierras americanas desde el otoño de 1510, pronto comienzan a realizar todo tipo de actividades que les permitan coordinar su acción en tierras tan vastas. Y así, para cuando el siglo XVI acabe, ya se han articulado en nueve provincias que van surgiendo paulatinamente por escisión de las existentes. La primera, llamada de Santa Cruz de Indias, fue establecida en las islas caribeñas en 1530. Solo dos años después crean la Provincia de Santiago, en México, y en 1555 surgirá la de San Vicente Ferrer, que abarca el territorio centroamericano, incluida Chiapas, que por entonces se halla en la gobernación de Guatemala. Entre medias había sido creada la de San Juan Bautista (1539), en los Andes, y años después irán apareciendo la de San Antonio del Nuevo Reino de Granada (Colombia y Venezuela), San Lorenzo Mártir (Chile), Santa Catalina (Ecuador), para concluir el siglo fundando en 1592 la de San Hipólito en el territorio mexicano de Oaxaca.

Pues bien, en la reunión ordinaria que la provincia dominica de Santiago de Nueva España celebró en México en 1538, se aprobó, entre otras cosas, enviar a uno de los frailes de «Tierra de Guerra», Bartolomé de las Casas, hasta España para que volviera con un grupo de misioneros que fueran capaces de evangelizar las selvas centroamericanas.⁵ Este es el origen del viaje que estamos contando; porque sus protagonistas son, precisamente, los que acuden a la llamada de Bartolomé de las Casas, justo antes de que este sea nombrado obispo. Ahora bien, los dominicos saben qué se juegan, porque han sido miembros de la orden quienes más han presionado en la corte para que se modifiquen las leyes impidiendo y finalice la impunidad con que los encomenderos tratan a los grupos originarios. Por eso, en el grupo no solo van frailes «menores», sino algunos de alta talla

intelectual, como Tomás Casillas, que había sido nada menos que superior en Salamanca, el convento donde en aquel momento vivían algunos de los más prestigiosos pensadores de la época como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto o Melchor Cano; también eran miembros del grupo Domingo de Ara, superior en el convento dominico de Galisteo, Jerónimo de San Vicente, maestro de novicios, o Diego de la Magdalena, lector de Lógica de la Universidad de Salamanca.⁶ Y, por supuesto, fray Tomás de la Torre, el autor del texto, que era en el momento en que el viaje se inicia lector de Filosofía en la misma universidad.

El grupo de dominicos que inicia el viaje, bajo la dirección de Tomás de Casillas, sabe desde el primer momento en qué consiste su labor misional y bajo qué condiciones se ha de desarrollar. En ese sentido, tienen claro que alcanzar la utopía de un mundo en que los indígenas abrazan pacíficamente el catolicismo no puede hacerse de cualquier modo. La evangelización pacífica exigía, en primer lugar, alejarse, en todos los sentidos, de los que explotaban a los pueblos originarios. Y eso suponía también colocarse como enemigos de los «españoles» y despreciar su modo de vida y sus riquezas. Mas, no era suficiente con decirlo: si querían ser creíbles, tenían que practicarlo y vivir ejemplarmente de modo acorde con ese ideario. Pero además, para no dar curso a la colonización impuesta, los dominicos creen que deben hablar a los indígenas sin intermediarios, que éstos deben escuchar directamente sus palabras lo que, de hecho, supone que inmediatamente han de aprender y comprender sus lenguas. Y a tal empeño se dedican en cuanto llegan. Hasta el punto de que las escasas censuras, enmarcadas dentro de un contexto de comprensibilidad, tienen que ver con que no se aprenda correctamente la lengua; como las también escasas loas se relacionan con la competencia entre los frailes para ver quién las aprende primero, contándose las diferencias entre unos y otros por días. Y a ellos, en parte, debemos algunos de los primeros diccionarios de las lenguas centroamericanas.

Contaban para ello, a parte de su fe inquebrantable y su voluntad, con la firme creencia de que los habitantes originarios eran, aunque salvajes, buenos. Como todo en aquella tierra. No en vano, hablando de los animales que se encuentran, dice el texto que «las abejas no tienen aguijón porque todo es manso lo de esta tierra, como los hombres naturales de ella». E incluso explícitamente se afirma con rotundidad que «son gentes naturalmente buenos y aman a

⁵ Pedro Fernández Rodríguez. 1994. *Los dominicos en la primera evangelización de México*. Salamanca: San Esteban.

⁶ Sobre la figura de Tomás Casillas, que era sobrino de Bartolomé de las Casas, a quien sucedería en la silla episcopal de Chiapas, se puede ver Justo Cuervo, O.P. 1916. *Historiadores del Convento de San Esteban de Salamanca*. Tomo III. Salamanca: Imp. Católica Salmanticense.

quien los ama». Excusamos decir, para asentar el tópico, que la visión es desigual si se trata de las diferencias de género. Así, aunque se dice que «todos son los naturales de esta tierra de Yucatán muy lindos hombres, que es placer verlos», el religioso (que sospecha que el mal viene por las mujeres) no les atribuye a estas tal condición, pues la lindura varonil contrasta con la caricaturesca visión que ofrece de las mujeres yucatecas: «son feas y abominables, andan descalzas y el cabello suelto».

En suma, mucha era la ignorancia antes de partir y allí donde pensaban hallar una sola lengua, encontraron una pléyade tan variada como no imaginaron. Y allí encontraron, igualmente, que los españoles se encontraban revueltos no solo por la llegada del obispo, del que había muchas noticias, sino sobre todo por las Leyes Nuevas. Allí para ellos, era la ciudad a la que llegaron y de la que tuvieron que salir por no ser aceptados; la población que hoy se llama San Cristóbal de las Casas y entonces Ciudad Real.

El establecimiento de las denominadas Leyes Nuevas no solo había limitado la discrecionalidad en el trato hacia los indígenas, sino que también alteraba significativamente la distribución de la justicia y el poder. Como consecuencia de esta nueva visión, la Audiencia de Panamá se suprimió en 1542 y se crearon, desde ella, dos diferentes; una en Lima, y otra, la de los «Confinos de Guatemala y Nicaragua». Esto supuso la desaparición de las gobernaciones establecidas por los conquistadores en esos territorios que, en la tierra a la que llegaron los frailes, incluía las de Guatemala, fundada por Pedro de Alvarado, y la de Chiapa, gobernada por el Adelantado Francisco de Montejo; quien además dirigía la de Honduras. Estos cambios provocaron protestas explícitas o soterradas, que nacían tanto de las incertidumbres como de las grandes distancias que debía recorrer cualquier que quisiera acudir a litigar a la Audiencia.⁷ Para evitarlas en demasía, el Consejo de Indias había elegido en 1543, de manera provisional, la ciudad de Gracia de Dios como sede de la nueva Audiencia, donde tuvo lugar esta por vez primera en mayo de 1544 y a la que tendrá, como veremos en el texto, que acudir Bartolomé de las Casas. Finalmente, tras una nueva delimitación territorial, se trasladará en 1548 a la «cercana» ciudad de Santiago de

Guatemala. Pues bien, en este contexto es en el que llegan los frailes a la ciudad

El viaje

San Cristóbal de las Casas es el nombre más reciente de la original Villa de Jovel: la Villaviciosa, la Chiapa de los Españoles, Ciudad Real, fundada por Diego de Mazariegos en 1528 en el Valle de Jovel, en Hueyzacatlán —«grandes pastos»— que decían los náhuas, situado en los actuales Altos de Chiapas. Después de una sucesión de nombres a partir de su fundación, la Villa de Jovel fue bautizada con el nombre de Ciudad Real el 7 de julio de 1536, legalizándose el apelativo por Cédula Real expedida por el emperador Carlos I de España y V de Alemania.⁸ En 1544, Ciudad Real era parte de la Provincia de San Vicente de Chiapa que incluía a Guatemala (escrito Goathemala), bajo la administración religiosa de la Orden de los Dominicos, a la que pertenecía fray Bartolomé de las Casas, nombrado obispo de Ciudad Real de Chiapa desde ese año de 1544.

El texto de fray Tomás de la Torre conocido como «Diario de Viaje», narra la salida del obispo de Chiapa desde Salamanca, España, hasta su arribo a Ciudad Real en 1545. Jan de Vos informa que el texto de fray Tomás de la Torre se perdió, pero una parte sustantiva del mismo fue copiado por fray Francisco Ximénez, que lo incluyó en su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Goathemala, de la Orden de Predicadores*, escrita hacia 1720. El texto de fray Tomás de la Torre tiene la importancia de haber sido escrito por un testigo presencial del viaje del obispo, a quien acompañó desde su salida de Sevilla, luego de que hubiera llegado a esta ciudad desde el Convento de San Esteban, en Salamanca, hasta su llegada a Ciudad Real de Chiapa. Fray Tomás de la Torre falleció en 1567, quedando su manuscrito en el convento de Santo Domingo de Guatemala, gracias a lo cual fray Francisco Ximénez pudo copiarlo.⁹

En 1974, a 429 años de los sucesos narrados por fray Tomás de la Torre, el gobierno del Estado de Chiapas publicó

⁷ Piénsese que nos estamos refiriendo a un vasto territorio porque, en el siglo xvi, la Audiencia de los Confinos llegó a incluir seis provincias (Comayagua, Nicaragua, Costa Rica, Soconusco, Chiapas y Guatemala) que, a su vez, se organizaban en nueve alcaldías mayores (San Salvador, Ciudad Real, Tegucigalpa, Sonsonate, Verapaz, Suchiltepequez, Nicoya, Amatique y Minas de San Andrés de Zaragoza) y dieciocho corregimientos: Totonicapán, Quezaltenango, Atitlán, Tecpanatitlán, Escuintla, Guazacapán, Chiquimula, Acasaguastlán, Realejo, Matagalpa, Monimbo, Chontales, Quesalguaque, Tenchoa, Quepo, Chirripo, Pacapa y Ujarraz.

⁸ La historia de la actual ciudad de San Cristóbal de Las Casas, ha sido narrada, entre otros autores, por Jan de Vos en *San Cristóbal. Ciudad Colonial*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986; Jan de Vos, *Los enredos de Remesal. Ensayo sobre la conquista de Chiapas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992. Gudrum Lehkensdorf, *Génesis histórica de Chiapas. 1522-1532*, México: UNAM, 1993. Se puede ver también la novela histórica de Heberto Morales Constantino, *Jovel. Serenata a la gente menuda*. Tuxtla Gutiérrez: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, 2010.

⁹ Jan de Vos, *Los enredos de Remesal*. Obra citada, particularmente la nota 3, pp. 22-23.

una edición de una parte del Diario de Viaje, preparada por Franz Blom, el arqueólogo danés casado con Gertrude Duby, vecindado en San Cristóbal de Las Casas y fundador, junto con su esposa, del Centro de Investigaciones *Na-Bolom*, situado en la ciudad de Las Casas. El texto publicado está copiado del que fue incluido en el Tomo I de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Goathemala*, escrita por fray Francisco Ximénez, que es también la fuente principal de la presente edición. Como lo hizo notar Franz Blom, el relato del fraile dominico contiene tres partes: la partida desde el Convento de San Esteban, en Salamanca, España; la travesía por el mar y el camino desde Campeche hasta Ciudad Real. Sin embargo, la edición que aquí presentamos, que es más larga que la de Blom, incluye una cuarta parte, que es la que discurre desde la llegada provisional a Ciudad Real hasta que, tras no ser bien recibidos y deambular por varios lugares, llegan finalmente al destino anhelado.

El texto de fray Tomás de la Torre se inicia en el Convento de San Esteban, en Salamanca, el día sábado 12 de enero de 1544. El autor había sido nombrado por el grupo de cuarenta y seis frailes que lo acompañarían en su viaje, como cronista oficial del mismo, encomienda que el fraile cumplió a cabalidad. Desde la descripción del ambiente vivido ese sábado en el Convento de San Esteban, fray Tomás de la Torre justificó por qué fue nombrado cronista del viaje. Su pluma describe con talento y sensibilidad, con detalle y precisión, cómo se vivió la despedida de aquel numeroso grupo de frailes, acompañantes del obispo, que dejaban su alma mater, sus maestros, sus seres queridos, su tierra, para cruzar el mar y llegar a las Indias. Los viajeros atravesaron los campos salmantinos —el campo charro—, siguiendo con pequeñas desviaciones la antigua *vía lata* que abrieron los romanos; pasaron Cáceres, cruzaron la Sierra Morena y finalmente arribaron a Sevilla el 13 de febrero de 1544, un mes y un día después de la partida de Salamanca. En Sevilla permanecieron hasta el 8 de junio, un domingo, día en el que parten a Sanlúcar de Barrameda a donde llegaron el 13 de junio. Allí se aposentaron hasta el 9 de julio, un miércoles, fecha en la que se hicieron a la mar.

La descripción de la travesía por el océano Atlántico, las condiciones mismas en que viajaban, es sobrecogedora. Si el viaje por tierra en España había sido pesado (cargando un equipaje que incluía vino y comida, baúles llenos de libros, enseres de cocina, ropa y objetos personales), el viaje a bordo de los navíos veleros se hacía en condiciones inimaginables, incluyendo los vómitos de los mareados, el desaseo general, los olores pestilentes no solo del cuerpo humano

sino de todo lo que era susceptible de pudrirse. Un verdadero caleidoscopio de tufos. Además está el comportamiento del mar, que en tiempos es calmo y en tiempos es violento, sincronizándose con las tormentas que provocan oleajes gigantescos. Con todo, fray Tomás de la Torre no abandona su encargo de escribir. A través de su relato uno lo puede imaginar escribiendo sus notas, en condiciones cambiantes a cada momento. Seguramente pasó penalidades cuidando la tinta, las plumas y el papel, sus preciados instrumentos de trabajo. En aquel desorden sin cuento la vocación de escribir, de usar la palabra como recurso para legar una experiencia, su compromiso de cronista, sostuvieron al fraile en su empeño de narrador. Su texto logra niveles literarios concisos, plenos de elegancia y sensibilidad. Sacudidos por las furias del cielo y el mar, o disfrutando el reposo bajo un calor agobiante, bebiendo el vino mecido en olas o mordisqueando un pedazo de pan, los frailes se aferraban a su misión pensando los pormenores de la evangelización de un mundo extraño. Fray Tomás de la Torre escribe todo ello, como si estuviese preso de una obsesión, la de no perder detalle de aquella travesía singular en compañía del varón dominico más famoso en las Américas: fray Bartolomé de las Casas.

Entrados en el Caribe, las naves son sacudidas al punto de ser desvinciadas por los huracanes y las tormentas. Los viajeros pasan grandes penalidades, no solo cuidando de ellos sino de sus pertenencias. Por fin desembarcaron en Campeche¹⁰, Nueva España, un 6 de enero, día de Reyes, de 1545. A partir de este momento se reorganizó la expedición según los planes e instrucciones del obispo. Fray Tomás de la Torre fue confirmado como cronista oficial. Los frailes se dividirán. El obispo, con un grupo de sus más allegados, irá por delante. Otro grupo, en el que va fray Tomás de la Torre, vendrá detrás. Se ajustaban así a las condiciones y la disponibilidad del transporte, la necesidad de usar barcas y canoas para atravesar los ríos y pantanos de la planicie aluvial que es el actual Estado de Tabasco y la Laguna de Términos, situada en Campeche. El grupo de frailes que viene detrás del obispo se dividirá a su vez para aprovechar la disposición de las embarcaciones, con todo aquel cargamento de enseres, libros, vino, comida. Uno de los grupos de frailes perecerá en un naufragio en la Laguna de Términos. Fray Tomás de la Torre logró narrarlo como si hubiese estado presente. La búsqueda de los cuerpos y de los enseres en aquellas condiciones devino en empresa

¹⁰ Se trata del antiguo territorio Maya de Ah KIn Pech, derivado en Campeche; término con el que se nombra al actual Estado de Campeche y a su ciudad capital, Campeche.

titánica. Uno no puede menos que pensar en el temple de estos frailes y en la fuerza de sus convicciones que los impele a realizar hazañas exigentes de un esfuerzo desmesurado. Fray Tomás de la Torre transmite la tristeza profunda, el dolor por la pérdida de nueve compañeros y la angustia por recuperar sus cuerpos. Hay también gran zozobra por los libros, preciado tesoro que debe ser recuperado y que lo fue a base de un esfuerzo sobrehumano. Fray Tomás escribe con cierto tono de disfrute cómo se recuperaron los libros y cómo fueron limpiados para continuar su uso. La tragedia del naufragio cerca de la isla de Términos, la actual isla del Carmen en Campeche, fue el suceso más conmovedor en este largo viaje. Significó reorganizar la expedición, en cuya tarea el obispo demostró destreza y serenidad, además de sus dotes de estrategia. Con sus fieles allegados el obispo se adelantó desde Teapa, actual Estado de Tabasco, venciendo la Cuesta de Tapilula, atravesando así la Selva Negra de Chiapas, en pleno territorio del pueblo Zoque, para atravesar la frontera entre estos últimos y los Tsotsiles, y arribar finalmente a Ciudad Real y posesionarse de su obispado. El resto del grupo, exhausto al borde del desmayo, llegó a Ciudad Real un jueves de la samaritana, a 2 de marzo de 1545. La travesía desde Salamanca, España, hasta la primera entrada en Ciudad Real, Chiapas, había completado un año y dos meses. Aún les quedarían meses de zozobra hasta que, definitivamente, pudieran asentarse en la ciudad.

Con la llegada de este importante grupo de dominicos a Ciudad Real, se inició la evangelización sistemática en el Valle de Jovel y en la actual región de Los Altos de Chiapas. Sus antecesores en la evangelización, los frailes de la orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos (los primeros en establecerse en Chiapas en 1537) solo alcanzaron a doctrinar a pequeños grupos de Mames y de Lacandones. Del grupo de dominicos que venían acompañando al obispo, y que son mencionados en el texto de fray Tomás de la Torre, surgieron los primeros especialistas europeos en hablar y escribir varias de las lenguas nativas. A éstos se unirían de manera rápida otros religiosos que fueron llegando en los años sucesivos. Así, Domingo de La Paz y Marcial Camposeca aprendieron Chanabal, actual Tojolabal. La lengua chiapaneca (de origen otomangue) fue dominada por Pedro Calvo, Domingo de Ara, Juan Núñez, Luís Barrientos y Juan de Albornoz. El idioma chol fue aprendido por Francisco Morán; el zendal, actual tzentol, fue trabajado por Juan de Rodaz y Dionycio Pererira, mientras el zoque fue la lengua aprendida por Luís González Posarenco y el prebistero José María Sánchez, cuyo vocabulario es aún fuente imprescindible de información para los que estudian a los zoques. Todos estos frailes, al escribir

vocabularios, sermones, diccionarios, se convirtieron en los precursores de los actuales análisis lingüísticos, inaugurando así la escritura de las lenguas nativas americanas con el uso del alfabeto latino.¹¹

El tramo final, la Cuesta de Tapilula, fue un escollo formidable. Los frailes escalaron desde los 72 metros sobre el nivel del mar, altura de Teapa, Tabasco, hasta los 2113 metros que alcanza Ciudad Real. Tuvieron que remontar primeramente hasta los 826 metros sobre el nivel del mar —la altura de la actual ciudad de Tapilula— y seguir subiendo hasta los 1337 en el poblado de San Bartolo, 1636 en Pueblo Nuevo, 1670 en San Juan Chamula y, finalmente, llegar a Ciudad Real. Fray Tomás de la Torre advierte, con razón, que no son solo las alturas, sino la composición del terreno, es decir, las dificultades topográficas de una montaña tan tupida de vegetación húmeda, lo que es necesario vencer, en condiciones que le hacen escribir: «todas las cuestas y puertos de España son salas barridas en comparación con estas cuestas». El obispo no se desentendió de los viajeros que venían detrás de él: en varios de los pequeños poblados en donde eran recibidos, dejó dispuestos alimento y vino. Especialmente reconfortante resultó el «tinto» que el obispo hizo llegar a los frailes ¡en plena Cuesta de Tapilula! fray Tomás de la Torre describe ese momento de inmensa felicidad y escribe: «No podéis pensar el regocijo que sentimos, tanto, que con lagrimas lo bendecimos y dimos gracias a Dios. Nunca bocado de pan ni trago de vino tomamos tan suave en nuestra vida, como aquel, porque íbamos para expirar y desmayados del agua del arroyo».

Al llegar a la Nueva España, el obispo y sus acompañantes entraron a territorio maya al arribar a Campeche. Este derrotero otorga aún mayor valor al texto de fray Tomás de la Torre porque nos encontramos con un viaje totalmente inusual, de entre los muchos que los cronistas cuentan. Así como tenemos muchísimos detalles acerca de cómo y por dónde realizar la travesía entre el puerto de Veracruz y México, la que siguieron Cortés, Bernal y tantos otros, adentrarse en Chiapas desde Campeche por Tabasco era algo de lo que no había noticia. Porque, desde Campeche, siguieron hacia lo que es el actual Estado de Tabasco, atravesando los característicos pantanos y humedales de un territorio permanentemente anegado. Tanto que el poeta Carlos Pellicer solía decir «voy a mis aguas», por «voy a mi tierra». En esta tierra de humedad permanente, los frailes se encontraron con los Chontales de Tabasco, en la región que

¹¹ Véase Irma Contreras García, *Las etnias del Estado de Chiapas. Castellанизación y bibliografía*. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste de la UNAM, 2001.

hoy se llama «La Chontalpa», hasta llegar a lo que en aquellos días era un breve poblado y hoy es una pequeña ciudad, Teapa, que es ya territorio de los zoques. Advirtamos que los mayas de Campeche y los Chontales, aunque hablan idiomas distintos, ambos pertenecen a la familia lingüística maya. No así los zoques, que pertenecen a la familia lingüística mixe-zoque-popoluca, muy distante de la maya. La Cuesta de Tapilula es territorio zoque. Los frailes cruzaron la frontera entre zoques y tsotsiles, mayas de nuevo, por el rumbo del actual Pueblo Nuevo Solistahuacán, para desde este punto dirigirse a San Juan Chamula y llegar finalmente a Ciudad Real, la actual San Cristóbal de las Casas.

En el transcurso del relato de fray Tomás de la Torre, una vez que los frailes navegan por el mar Caribe, se inician las observaciones acerca del paisaje y la gente. En Campeche, fray Tomás de la Torre encontró el tiempo para describir aspectos culturales y sociales del grupo maya con el que entró en contacto. Le llamó la atención la flora; en especial, las frutas, los plátanos, las guayabas, las raíces como las batatas o el casabe, de cuya harina se hace el llamado «pan casabe». Tierra adentro, le llaman la atención las tortillas de maíz y los tamales, que el fraile llama «bodoques». Le asombra la presencia de las ceibas, los árboles sagrados, con sus enormes tallos, su altura y su fronda. Estas observaciones de fray Tomás de la Torre recuerdan partes del larguísimo poema de Juan de Castellanos escrito en Colombia durante treinta años, iniciándose en 1518, y cuyo autor nombró «Elegías de los varones ilustres de Indias». Dice —por ejemplo— Juan de Castellanos:

La piña y la guanábana aroman el camino
Y un vino de palmeras aduerme el corazón.¹²

Existe en fray Tomás de la Torre la preocupación por la legitimidad de la conquista y la condición de dominio a la que se sujetó a los pueblos nativos. Su afinidad de ideas con el obispo fray Bartolomé de las Casas es evidente a lo largo de su texto. Incluso, escribe observaciones agudas en relación a la mala pronunciación de las lenguas nativas, lo que asocia con la condición «colonial» de los indios. Así, describiendo el Cacauatl, escribe: «[...] este se llama Cacauatl; pero como los españoles, como toda esta tierra han corrompido, también han corrompido la lengua, y la llaman Cacao».¹³ Este

tipo de observaciones, o similares, son recurrentes en el Diario de Viaje y apoyan la opinión del fraile de que es la codicia y la insensibilidad lo que empuja a los españoles colonizadores a cometer tropelías y crueldades, contradiciendo el espíritu cristiano. Eso mismo explica la hostilidad de los habitantes españoles de la Nueva España, incluidos los de Ciudad Real, en contraste con la popularidad alcanzada por fray Bartolomé entre los indios. El interés de fray Tomás de la Torre por las consecuencias del maltrato a los indígenas le lleva a reproducir un diálogo entre un español residente que había participado en la conquista de Yucatán, de apellido Ximénez, y un labriego, al parecer acompañante del obispo desde España, llamado Zamora. La conversación entre estos personajes, tal como la transcribe nuestro autor, revela dos concepciones extremas del «orbe indiano», la que justifica la guerra y aún los genocidios, y aquella que se opuso a todo ello y reclamó un trato justo para los pueblos originarios. Era la noche del 5 de febrero de 1545 en Tabasco cuando aconteció dicha conversación.

Es notorio el uso de vocablos en *náhuatl* cuando de topónimos se trata o aún de los nombres de la comida, las frutas o los animales. No sería de notarse este aspecto si no estuviéramos situados en territorios de mayas y zoques, en donde uno esperaría el uso de estas lenguas para nombrar los lugares y la naturaleza en general. Es una prueba del dominio ejercido por los Mexicas desde el centro de Mesoamérica, el Anáhuac, y el papel que adquirió el Náhuatl como lengua franca.

Las páginas del Diario de Viaje que anteceden la primera llegada al destino elegido son dramáticas. Describen a un grupo de frailes agotados por el esfuerzo, las emociones, los sucesos, entrando a Ciudad Real trastabillando, después de un año y dos meses de caminar y navegar. «Ola de la pasión descubridora», diría Rosario Castellanos en el «Soneto al Emigrado», dedicado al capitán republicano Andrés Fábregas Roca, que «Encontró cobijo entre los Mayas». Frailes movidos por la pasión de su misión en un mundo desconocido. Frailes que sentaron las bases de una nueva concepción del mundo y de los compromisos críticos con el colonizado.

Noticias de la narración del viaje

De la existencia del viaje de estos religiosos ha habido numerosas noticias desde que se realizó. Prácticamente no ha habido biógrafo de Bartolomé de las Casas que no haya

¹² Se trata de un jugo que se deposita en el tallo excavado de una palmera y que en Chiapas se llama «taberna». Sus efectos son casi inmediatos. El bebedor puede caer fácilmente dormido o bien perder el control de las extremidades, hasta que pasa el efecto de tan singular líquido.

¹³ Se trata de la planta del cacao, un árbol que oferta un fruto llamado mazorca, al igual que el maíz, y de cuyas semillas, ya secas, se extrae el

cacao, base del chocolate (original en náhuatl: *Chocolatl*), una bebida muy difundida tanto en México como en Europa.

hecho explícita mención al hecho de que llegó a su obispado acompañado de un numeroso grupo de frailes dominicos. Sin embargo, igual que se recuerda con fruición, los biógrafos de Las Casas prefieren detenerse en otros aspectos más polémicos de la vida y obra del obispo; aunque solo sea, como dice Franz Blom, porque sus travesías del océano eran tan frecuentes que cuando inició esta, en 1544, ya había atravesado el Atlántico en dieciséis ocasiones.¹⁴

Habría que esperar hasta que otro dominico, Antonio de Remesal, publique en 1619 su *Historia General de las Indias Occidentales y Particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*¹⁵ para tener noticia de la existencia del manuscrito en que se narra el viaje. Antonio Remesal, gallego del orensano Allariz, que había estudiado en Salamanca y vivido en el convento de San Esteban, y que posiblemente fue profesor de Historia en la complutense Universidad de Alcalá de Henares, pasó a las Indias en 1613, acompañando en su viaje a Honduras al nuevo obispo de Comayagua, fray Alonso de Galdo, también dominico, al que por cierto no menciona en su *Historia*. Desde allí, conociendo que en Guatemala se hallaba otro compañero del convento salmantino (el obispo dominico Juan Cabezas Altamirano) prefirió encaminarse hacia este episcopado, al que llega en 1614. Tras varios años en la ciudad, y estando a punto de regresar a Salamanca, según cuenta él mismo en el prólogo a su *Historia*, le pareció oportuno

sacar las actas de los Capítulos de aquella santa provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, una como tabla o abecedario, distribuyendo las materias por sus clases, para mostrar a los que no habían estado en ella el excelente gobierno con que se fundó y conserva en el punto de Religión que la hace famosa, no solo en la de nuestro glorioso padre Santo Domingo, sino entre todas las muy observantes de la Iglesia de Dios; juntóse a esto venir a mis manos, casi al mismo tiempo, un libro que escribió el padre fray Tomás de la Torre de los principios de esta provincia, que me convidó y llamó a saber más de ella. A cuya causa comencé a ver los archivos reales y el protocolo del gobierno, en que fueron liberales el conde de la Gomera, presidente, y el licenciado Juan Maldonado de Paz, oidor de la Audiencia de Guatemala.¹⁶

Si bien es cierto que esta es la primera noticia del escrito, no menos lo es que desconocemos en qué medida lo utiliza, a partir del capítulo xv del libro iv de su obra, para contar cómo fue la *Historia de la venida de los religiosos a la provincia de Chiapa*, pues en ningún momento especifica si lo sigue literalmente, si lo interpreta, si lo recuerda, si se trata de una copia o, en definitiva, de qué modo lo usa. Algo, por lo demás, muy acorde con el modo de operar este cronista que termina por «engolfarse» en la historia, a decir del jesuita Carmelo Sáenz de Santa María, quien lo edita, y provocar numerosos enredos¹⁷ antes de ser expulsado de la provincia y obligado a regresar a España. Y, aunque lo hizo a través Ciudad Real y Zinacantán, no aprovechó el viaje para describir lo que en esta travesía chiapaneca pudo observar. Como fuera, Remesal regresó a la corte y logró licencia para imprimir su obra, que firma el «día de la Natividad del Señor de 1619».

La siguiente noticia que tenemos de la obra de fray Tomás de la Torre se la debemos a un franciscano, Francisco Vázquez, quien publica en 1714 su *Crónica de la Provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala de la orden de n. seráfico padre san Francisco en el reino de la Nueva España*.¹⁸ Este inicia su «capítulo vigésimo cuarto, que trata del tercero, y quarto Capítulos Custodiales, de esta provincia, en que, se dio providencia a algunas materias que pedían urgente remedio», hablando de un

libro manuscrito de a cuartilla, de volumen de 286 fojas, que escribió el bendito varón fray Tomás de la Torre, de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo, cuyo título es: *Historia de la venida de los religiosos a la provincia de Chiapa, etcétera*, el

¹⁴ Óp. cit., p. 13.

¹⁵ Antonio Remesal. 1964. *Historia General de las Indias Occidentales y Particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*. Edición y estudio preliminar de Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid. Atlas. Los datos sobre la biografía de Remesal están tomados de este estudio.

¹⁶ Remesal, óp. cit. p. 73.

¹⁷ El editor de la obra, óp. cit., 17, titula uno de los capítulos de su estudio «Remesal se engolfó en la Historia». Por su parte, Jan de Vos, óp. cit., titula una de sus obras con el explícito título de *Los enredos de Remesal. Ensayo sobre la conquista de Chiapas*. En todo caso, aunque a veces sin rigor, Remesal utiliza numerosas fuentes para su trabajo. Entre las mismas, cabe mencionar no solo el manuscrito de fray Tomás de la Torre sino, según él mismo dice, las obras de fray Bartolomé de las Casas, así como un libro de *De los ídolos y de la provincia de Zacapula* que tiene sacado fray Salvador de San Cipriano (p. 420) escrito en la lengua del lugar. (Se trata del *Libro de los ídolos y de la provincia de Zacapula, con la historia de la entrada de los españoles en la tierra, y la que hicieron los PP. Fr. Luis Gancer, Fr. Bartolomé de las Casas y Fr. Pedro de Angulo en aquellas tierras a predicar el Evangelio*). Igualmente utiliza diversos escritos de fray Alonso de Noreña, así como numerosos «papeles» del archivo dominico que incluyen desde las bulas por las que se crea el obispado de Guatemala al testamento de Pedro Alvarado, pasando por las propias Leyes Nuevas y otro sinfín de documentos. (Vid. «Fuentes para la historia de Remesal», en el estudio de Sáenz de Santa María, cit., p. 30 y ss.)

¹⁸ Vázquez, Francisco. 1937. *Crónica de la Provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala de la orden de n. seráfico padre san Francisco en el reino de la Nueva España*. 2.ª ed., con prólogo, notas e índices por fray Lázaro Lamadrid, O.F.M. Edición Guatemala: Tipografía Nacional. 4 vols.

cual como tan estimable se guarda en el depósito del convento de nuestro padre Santo domingo, de Guatemala, al capítulo 103, tratando de la iglesia y convento que edificó en Chiapa la esclarecida Orden de Predicadores, por el año de 1548, que este mismo año, al principio de él, el Comisario General de la Orden de San Francisco N.P. dijo la primera misa y sus compañeros fueron ministros.¹⁹

Como se ve en la referencia de Vázquez, quien luego apenas vuelve a nombrar a fray Tomás de la Torre,²⁰ se confirma lo que Blom indicaba y claramente se verá en el texto: «en esos días las Ordenes de los Franciscanos y los Dominicanos estaban empeñadas en una guerra privada entre sí. El padre Francisco Vázquez publicó en 1716 su *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*; y así como Bernal Díaz del Castillo se disgustó con la obra de Gómara llamada *Historia de la Conquista* y escribió su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, el Padre Ximénez se enojó con la obra de Vázquez y pasó a atacarla y corregirla en su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*.²¹ Y es, en este contexto, en el que Ximénez, basándose en la obra de Remesal, escribe la obra mencionada que, como ya hemos indicado con antelación, hemos seguido nosotros.²²

¹⁹ Óp. cit., p. 119.

²⁰ Hay solamente otra referencia a un escrito de Tomás de la Torre (íd., p. 151), así como alguna más, referida a la disputa entre dominicos y franciscanos, siendo ya De la Torre provincial dominico, por la administración del «pueblo de Zacapula y los otros de la Sierra» (pp. 129-131). No obstante, en el Tratado Segundo, Libro Quinto, Capítulo Trigésimo (Tomo IV, p. 361) al hacer la historia de «los conventos que las sagradas Religiones tienen en la ciudad de Guatemala», señala que «el primero por todos títulos y razones es el de N.G.P. Santo Domingo de Guzmán, cabecera de una muy ilustre, docta, grave y numerosa provincia. El primer prior que tuvo este religiosísimo convento, fue el reverendo padre Fr. Tomás Casillas, instituido en Capítulo que se celebró en México a fines de agosto de 1547. Siendo prior (segundo) de Guatemala el venerable padre Fr. Tomás de la Torre, fue creado en Vicario General [...]».

²¹ Óp. cit., p. 13-14.

²² Seguimos básicamente la edición de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala de la Orden de Predicadores*. Escrita por el reverendo padre predicador general fray Francisco Ximénez, de la misma provincia, publicada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas en 1999 en cinco volúmenes que, a su vez, sigue fielmente la publicada dentro de la Biblioteca «Goathemala» por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala en 1977. Esta segunda edición guatemalteca reproducía la primera editada por la misma sociedad en 1929 con el añadido de un prolijo estudio realizado, como en la obra de Remesal, por el jesuita Carmelo Sáenz de Santa María. Por cierto, que este (p. 67) recuerda que el original de Ximénez constaba de siete libros, de los que los dos primeros se conservan manuscritos en Guatemala y en la Biblioteca Provincial de Córdoba, el tercero ha desaparecido; del cuarto, quinto, sexto y séptimo hay manuscritos, en Guatemala; del quinto, sexto y séptimo hay manuscritos en Berlín. La edición guatemalteca de 1929 se habría realizado a partir de la copia paleografiada que hizo Juan Gavarrete de los libros primero a sexto; el resto se incorporó en la

Ximénez ingresó en los dominicos en el convento existente en su ciudad natal, Écija, en la provincia de Sevilla. Había nacido en 1666 y pasó a Guatemala cuando contaba veintidós años. Estando en el continente fue ordenado sacerdote por Núñez de la Vega, obispo de Chiapas, y desde 1694 se adentró en lo que hoy llamaríamos indigenismo; hasta el punto de que, merced a su indagación histórica sobre la lengua quiché, en la que hoy día sigue siendo autor de referencia, halló un libro el *Popol Vuh* que, al traducirlo al castellano, se descubrió como el gran libro sagrado de los mayas. Esa facilidad para la indagación histórica hizo que, habiendo ocupado diferentes puestos tanto en la Orden como fuera de ella, al cesar su vicariato en Rabinal y regresar a Guatemala se le encomendase que, además de escribir las historias acerca del origen de los grupos indígenas en que se había embarcado,²³ elaborara una historia de la provincia. Es así como surge la obra en que aparece recogido el manuscrito de fray Tomás de la Torre.

A propósito de este, Ximénez indica que «en todo este viaje iremos trasladando lo que nos dejó escrito el historiador que se señaló por aquellos primeros padres que escribiese todas las cosas, que como testigo de vista, se le debe todo crédito; y el estilo llano y sincero con que lo escribe, acredita mucho su verdad»²⁴. Con ello, recuerda Ximénez que la crónica del viaje no surge de la inopinada voluntad de su autor sino que es un mandato porque se considera un beneficio para la colectividad, esto es para la Orden. Así se reconoce explícitamente en el texto cuando al narrar el inicio del viaje, justamente en su primera noche, además de señalar quién tendrá la función de confesor o de sacristán se señala también a alguien, en concreto fray Tomás de la Torre, «que escribiese todas las cosas más notables que nos acaeciesen».

Ahora bien, Ximénez (que sigue, como hemos referido a Remesal) es consciente de algunos de los problemas que tiene la crónica de este y, por ello, sin entrar a criticar a su antecesor, relata lo siguiente:

segunda edición.

²³ Ximénez había escrito, además de la *Primera parte de el tesoro de las lenguas kakchiquel, quiché y tzutuhil en que las dichas lenguas se traducen en la nuestra, compuesto por el F.P.F. Francisco Ximénez del sagrado orden de predicadores, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Sto. Tomás Chichicastenango*; una historia denominada *Empiezan las historias de el origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducido de la lengua quiché en la castellana para más comodidad de los ministros de el Sto. Evangelio por el R.P.F. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Santo Tomás Chuila*. Años después la ampliaría con unos *Escolios a las historias del origen de los indios; escoliadas por el por el F.P.F. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el real patronato del pueblo de Sto. Tomás Chichicastenango*.

²⁴ Óp. cit., p. 276.

[...] porque el padre fray Antonio Remesal por no ser tan prolijo, omitió mucho lo que en esta historia manuscrita se contiene, no me pareció conveniente omitir cosa de ella por la grande edificación que será a los lectores, y mucho más a los religiosos de aquesta santa provincia, viendo y atendiendo y considerando de la cantera de que fueron cortadas las piedras de que mantienen el místico edificio de aquesta santa provincia (ibíd.).

Esto significa que, aunque pueda seguir a Remesal, Ximénez tiene acceso directo al manuscrito que, como él mismo dice, se encuentra todavía en esa época en el archivo dominico de Guatemala:

[...] el método que seguiremos será el proceder por capítulos como hasta aquí, embebiendo en un capítulo que es de la Historia Manuscrita, que se conserva en nuestro archivo, como uno de los instrumentos más auténticos que comprueban nuestra nobleza y hidalguía, a lo que Dios, siendo ésta la mayor ejecutoria en que se conservan nuestras mayores hazañas (ibíd.).

A partir de su inserción en la obra de Ximénez las referencias a la obra de fray Tomás de la Torre comienzan a sucederse, si bien no de forma sistemática. De hecho, a pesar de su relevancia para la historia de la conquista espiritual de Centroamérica, sigue siendo un desconocido para muchas personas. Fray Tomás de la Torre había profesado en la orden el 27 de abril de 1533 y fue elegido por el provincial de la provincia de Santiago, fray Pedro Delgado, a quien conocía de su convivencia en el convento salmantino de San Esteban, para suceder a Tomás Casillas como vicario de Ciudad Real. En calidad de tal participó en el capítulo provincial que le atribuyó también autoridad de provincial en Chiapa. Con ello se daba satisfacción a los frailes que se quejaban, como se ve en la narración del viaje, de que la gran distancia existente entre los lugares en que ellos se hallaban y el sitio donde estaba el provincial impedía tomar decisiones de forma rápida. Cuando De la Torre regresó a Ciudad Real, hoy San Cristóbal, volvió a hallar a los «españoles» en contra de los dominicos hasta el punto de haber quemado el convento de Zinacantán, que era el primero que, como se verá en el relato, tuvieron. La llegada de un juez real, Gonzalo Hidalgo de Montemayor, enviado con tal categoría por la Audiencia de Guatemala tras la intervención directa de Bartolomé de las Casas ante el emperador, para castigar los excesos de los encomenderos, fue aprovechada por Tomás de la Torre para otorgar la libertad a todos los indígenas, con lo que su esclavitud —al menos formalmente— finalizó para éstos en 1549.

De la misma manera que sustituyó a Tomás Casillas como vicario en Chiapas, cuando este cesó como prior de Guatemala, Tomás de la Torre fue enviado a sucederle. Estando en tal lugar, en 1550, fue nombrado vicario general de todos los conventos dominicos de Chiapas, Guatemala, Nicaragua y Honduras; si bien al año siguiente, el capítulo general de la Orden optó por desmembrar la provincia, haciendo de Chiapas una, con Tomás de la Torre como primer provincial, y del resto, otra.²⁵ Sin embargo, aquí no había finalizado el periplo de De la Torre, pues todavía, pocos años después, sería elegido obispo de la Vera Paz.²⁶

En relación con fray Tomás de la Torre, señala Franz Blom, que «desde la páginas de su diario resalta él como uno de los grandes que vivieron durante el siglo que siguió a la conquista. Sincero y humilde, se escondió detrás de su labor entre los indios». ²⁷ Justamente por tal motivo, en la edición que del viaje de los dominicos preparó en 1944-1945, la primera que trata el viaje de manera específica, señala que, ya que no es propósito de dicha edición elaborar una biografía del dominico, «alguien debía hacerlo» (ibíd.).

Franz Blom, como ya se ha indicado, titula su edición de la obra *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas*, con el subtítulo de *Diario del viaje. 1544-1545*, otorgando la autoría al R.P. fray Tomás de la Torre. El arqueólogo, de origen danés pero asentado en San Cristóbal de Las

²⁵ En 1856 Domingo Juarros escribió un *Compendio de la historia del reino de Guatemala (Chiapas, Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica) 1500-1800* (hay edición publicada en Guatemala: Ed. Piedra Santa, 1981) en el que se cuentan algunas de las vicisitudes que De la Torre tuvo que pasar en su vida en Centroamérica. También puede verse al respecto la obra citada de Justo Cuervo.

²⁶ A lo largo del siglo xvi la primacía de la labor episcopal en Chiapas y Centroamérica correspondió a los dominicos, que tuvieron nada menos que diez obispos en el área (entre electos y consagrados): fray Bartolomé de las Casas, Chiapas (1544-1547); fray Antonio de Valdivieso, Nicaragua (1544-1550); fray Pablo de Torres, Panamá (1547-1554); fray Tomás Casillas, Chiapas (1552-1567); fray Cristóbal de Salamanca, electo para Vera Paz en 1554; fray Tomás de la Torre, electo para Vera Paz en 1556; fray Pedro de Angulo, Vera Paz (1560-1562); fray Pedro de la Peña, nombrado para Vera Paz en 1564, luego obispo de Quito (1566-1583); fray Tomás de Cárdenas, Vera Paz (1569-1580) y fray Domingo de Haro, electo para Chiapas en 1569. A éstos hay que añadir que fray Bernardo de Alburquerque lo fue de Oaxaca (1559-1579) y fray Pedro de Agreda, de Coro (1560-1580), la primera diócesis en Sudamérica, en territorio venezolano. En el mismo siglo hubo también obispos dominicos en el caribe (fray Fernando de Uranga, en Cuba (1552-1556)) y en otros lugares de América: fray Pedro Delgado, electo para La Plata en 1552, fray Tomás de San Martín, nombrado para La Plata en 1552, fray Gregorio de Beteta, nombrado para Cartagena en 1552, fray Francisco Ramírez, nombrado para Cuzco en 1562, fray Domingo Santo Tomás Navarrete, La Plata (1563-1570). (Vid. Dussel. 1979. *El episcopado latinoamericano y la liberación de los pobres. 1504-1620*. México: Centro de Reflexión Teológica.)

²⁷ Óp. cit., p. 14.

Casas, donde era conocido como Don Pancho Blom,²⁸ llegó en las primeras décadas del siglo xx a Palenque, el lugar arqueológico maya por excelencia de Chiapas, como ingeniero de una compañía petrolífera. Desde entonces, se dedicaría a buscar en el interior de la selva los vestigios mayas, siendo considerado por muchos autores como el último gran explorador y el primer arqueólogo en sentido moderno.²⁹ Fruto de esas indagaciones y de su propensión al trabajo de campo, se propone editar la narración del viaje de los dominicos. «No creyendo que un estudio histórico de esta índole debe hacerse solamente "de gabinete"»,³⁰ realiza el recorrido en varias veces, y visita los lugares para comprobar cómo son las cuevas de las que el fraile habla y cómo son esas lluvias. Lo que descubre en el mes de marzo de 1944, «trescientos noventa y nueve años después» de que los dominicos pasaran por allí, es que «poco se ha cambiado a través de los siglos» (ibíd.), a pesar de que «aquí y allá se esta entremetiendo la vida moderna; caminos de automóvil están penetrando a muchas partes del riquísimo Estado y el apeste del humo de gasolina se mezcla con el perfume de la junefa» (ibíd.). Descubre también que «hay dos clases de leguas en las tierras de Tabasco y Chiapas, donde viajaban los conquistadores y frailes. La una es la legua de Tabasco que, es legua horizontal, a veces bajo del agua; la otra, es la legua vertical de Chiapas. De esta última hay dos subclases: las leguas verticales que van para arriba y las leguas verticales que van para abajo. Así es Chiapas» (íd. 194).

Blom, al recorrer el camino lo incluye en su edición, nombrando algunos de los lugares por los que los frailes pasaron y que, o bien no merecieron su atención, o bien se han establecido con posterioridad. Es así como sabemos que, además de los lugares mencionados en el texto de De la Torre, pasan por otros como Pueblo Nuevo de Solistahuacán, a más de 1600 metros sobre el nivel del mar, o por otros como Jitotol, Plátanos o San Andrés (Larrainzar).

La edición de Blom se publicó en 1945 (en México por la Editora Central)³¹ e incluye, además del propio texto del viaje desde su salida de Salamanca hasta su primera entrada en Ciudad Real de Chiapas, una breve introducción, la narración que hace Bernal Díaz del Castillo en su *Historia*

Verdadera de la Conquista de la Nueva España del ascenso de la cuesta de Tapilula, un reportaje de la ascensión que hizo el propio Blom en 1945, así como dos apéndices; uno con la lista de los Padres Dominicos y otro con el «Derrotero de los padres» que, por cierto, contiene algún error menor. Además Franz Blom, que en la portada de la obra aparece, a la chiapaneca, como Frans Blom, incluye unos dibujos que realizó ex profeso para la edición y que nosotros reproducimos en esta. Aunque resulta de justicia ponderar el valor de esta obra y destacarla, también hay que señalar que, en la misma, se aprecian algunos aspectos negativos, entre los que conviene subrayar que suprime párrafos (o parte de éstos) cuando considera que hay un rodeo excesivo para la acción, o cuando cree que los latinajos que vienen no aportan nada a esta. A propósito de esta cuestión, José Iturriaga critica que Blom publicase el manuscrito sin incluir «los problemas que tuvo Las Casas con los encomenderos españoles en Chiapas». Sea como fuere, en la balanza entre los yerros y aciertos, la edición que Blom hizo del viaje de los dominicos supone un hito muy importante para conocer aspectos de la vida cotidiana de los grupos originarios que de otro modo hubieran pasado desapercibidos. De hecho, de no ser por la edición de Blom, posiblemente la obra de fray Tomás de la Torre hubiera permanecido en el anonimato. Prueba de ello es que, aunque es habitual encontrar traducciones de los «cronistas de Indias» a otras lenguas, apenas hay referencias al dominico que no se encuentren en castellano. La excepción sería el fragmento recogido por Irving A. Leonard en 1972, con el título de «The Atlantic crossing of Father Tomas de la Torre (1544)».³²

No extraña, por tanto, que fray Tomás de la Torre sea considerado como un «cronista singular» por el mencionado Iturriaga quien, en el capítulo que le dedica,³⁴ además de reconocer el valor de sus observaciones zoológica y botánicas, aprecia la peculiaridad de que un fraile (además de ser crítico con conquistadores o militares, algo relativamente habitual), lo sea también contra una Iglesia que envía curas que lo único que hacen es «robar, desollar, matar hombres, estuprar doncellas sin ningún freno ni medida».

²⁸ Hay un libro que cuenta parte de su vida en la ciudad: Moscoso Pastrana, Prudencio. 1980. *Franz Blom en San Cristóbal de las Casas*. San Cristóbal de las Casas, Chiapas: Ed. Fray Bartolomé de las Casas.

²⁹ Parte de las investigaciones de esta época aparecen recogidas en Tulane University. 1926. *Tribes and temples. A record of the Expedition to Middle America conducted by Tulane University of Louisiana in 1925*. Nueva Orleans, Lous: Tulane University Press.

³⁰ Óp. cit., p. 193.

³¹ Nosotros manejamos la reproducción de la misma que en 1982 se imprimió en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, por los Talleres Gráficos del Estado de Chiapas

³² Iturriaga de la Fuente, José. 1992. *Anecdotario de viajeros extranjeros en México: siglos XVI-XIX*, Tomo IV. México: FCE, p. 63.

³³ Leonard, Irving A. 1972. *Colonial Travelers in Latin America*. Nueva York: Knopf. Junto al viaje de los dominicos, esta obra incluye otros tres capítulos referidos al siglo xvi: Carvajal's account of the discovery of the Amazon (1542), Robert Tomson's voyage to the West Indies and Mexico (1555-1558) y Journey of Francesco Carletti to South America and Mexico (1594-1596); siendo el resto viajeros posteriores. Hay edición en castellano: *Viajeros por la América latina colonial* (México: FCE. 1992).

³⁴ Óp. cit., pp. 63-76.

En 1985 fray Cándido Aníz, dominico, hizo una nueva edición publicada por la editorial de los propios dominicos, en la que simplifica el título de Blom —*Diario de Viaje. De Salamanca a Chiapa. 1544-1545*—. ³⁵ En este caso la edición, además de dibujos de fray Berceruelo, O.P. y alguno de los de Blom, incluye una revisión, partiendo de la de Ximénez, que facilita su lectura. De entrada, separa las largas parrafadas en párrafos más accesibles; algo que, en parte, hemos seguido nosotros y, sobre todo, agiliza la lectura remarcando algunos nombres o pasajes fundamentales. Incluye además, una «Introducción» cuidada a este «libro de viaje misional» en la que se destaca, sobre todo, la «dimensión humana» de los personajes. En ese sentido, hace especial hincapié en los valores humanos y sobre todo religiosos de los protagonistas de la aventura que concreta en cuatro niveles: espíritu de discernimiento comunitario, espíritu de oración, fraternidad religioso-eclesial y espíritu misionero. Por supuesto, no quedan al margen ni los valores literarios del relato, ni su valor histórico o una breve mención a la personalidad del autor.

La presente edición

Como ya se ha indicado, la edición que aquí presentamos, fruto de una colaboración entre la Universidad Intercultural de Chiapas, con sede en San Cristóbal de Las Casas, en Chiapas, México; y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, asentado en Madrid, España, se basa en el texto de Francisco Ximénez. Su inclusión dentro de la colección «Fuentes etnográficas de acá y de allá», pone de manifiesto su intención primera, cual es servir de instrumento para los profesionales de la etnografía que quieran acercarse a la obra. Pero además, puesto que es un libro de viajes en el más estricto sentido del término, pretende ser accesible para cualquier lector que disfrute con tal literatura. O con la literatura en general, porque quien lo haga podrá disfrutar de algunos capítulos épicos de un gran valor literario.

Esta intención explica que el texto que aquí presentamos sea más largo que el que Blom y el padre Aníz han señalado. Ciertamente, ambas ediciones relatan el viaje en su total

extensión y concluyen con la llegada a la ciudad que hoy recuerda al obispo Bartolomé de las Casas, en su nombre. Sin embargo, el viaje no concluye con la vista de Ciudad Real. Llegados allí, los frailes no pueden aposentarse en la ciudad y lo que creían fin del periplo no es sino fase intermedia; así es que, algunos han de seguir hasta Chiapa (hoy Chiapa de Corzo), otros hasta Zinacantán o Copanaguastla, en tanto otros se encaminan hacia el costero Soconusco. Por tal motivo, hemos decidido ampliar la narración hasta la llegada definitiva de los frailes a Ciudad Real; algo que, por lo demás, no es más que seguir el consejo del propio autor quien afirma que «no se puede excusar ingerir los capítulos de la historia manuscrita de fray Tomás de la Torre por la liga y cadena que se enlaza con los sucesos de nuestra provincia y lo que pasó con nuestros religiosos, por ir todos encadenados».

El precio que se paga es la dificultad de discernir cuándo es fray Tomás de la Torre quien escribe y cuándo se trata, a veces es notorio, de interpolaciones de Ximénez. Sin embargo, lo que se obtiene en compensación es una vívida imagen del ambiente de la ciudad y de las intrigas de los encomenderos. Son justamente estos capítulos que narran lo que media desde la primera llegada a Ciudad Real hasta que, definitivamente, fundan convento en la misma, los que nos dan una cabal imagen de cómo era el acontecer cotidiano en este lugar. A mayores, esto nos permite completar la inicial información sobre los zinacantecos y, sobre todo, sobre los zoques; pues a tal efecto dedica varias páginas el autor.

Para acompañar esa lectura, hemos añadido numerosas notas explicativas referidas tanto a los lugares por los que pasan como a costumbres citadas o comidas, plantas, etc. Hemos incluido, igualmente, los mapas que elaboró Blom, así como un conjunto de fotografías que permiten visualizar de mejor manera cómo es el recorrido hoy día. Se incluyen también reproducciones de algunas de las bellas pinturas que realizó el pintor catalán Josep Cañas³⁶ sobre personajes de Zinacantán y Chamula. A todos a quienes nos han ayudado y no nombramos, les agradecemos también su colaboración.

Ávila (España), San Cristóbal de las Casas, Chiapas (México).

1 de septiembre de 2010

³⁵ Fray Tomás de la Torre. 1985. *Diario de Viaje. De Salamanca a Chiapa. 1544-1545*. Caleruega (Burgos): OPE

³⁶ Josep Cañas. 2003 México. *Mis años con los indígenas*. Zapopan, Jal.: El Colegio de Jalisco.